

REVISTA
CHILENA

FUNDADA

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Y

DIEGO BARROS ARANA.

TOMO XIII.

SANTIAGO.

Jacinto Nuñez, editor,
IMPRENTA DE LA REPUBLICA.

1879.

«EL PROVINCIANO

EN SANTIAGO.»

Pobre Jotabeche! tan intelijente, tan chistoso i tan picante! Ya nadie reconoceria el personaje que con tanta gracia pintó con el título que encabeza estas líneas. Ya nadie pondria espuelas al provinciano que llega de su pueblo a Santiago, ni lo haria robar por los rotos del *conventillo*, ni le prestaria el lenguaje que él le prestó. I esto solo prueba una cosa i es que hemos vivido mucho, que el tiempo vuela i que los tiempos han cambiado.

El retrato del provinciano nos parece un antiguo cuadro de familia en que vemos pintado a nuestro abuelo con su gran corbatín, sus enormes cuellos i su indispensable *balonilla*. Al pié tiene el nombre de un gran pintor que ocupa un puesto elevado en el arte; pero el retrato nos hace reir.

Yo tambien soi provinciano i creo que seria tiempo de rehacer el cuadro ¿Es éste mi propósito? De ninguna manera; el cuadro es una obra de arte; ¡qué correccion en el dibujo, qué colorido, qué animacion en aquella fisonomía trazada con tanta soltura i con tanto talento! El personaje parece salir del cuadro: tal es el relieve de aquella fisonomía fresca, regordete i llena de inocente suspicacia. Quede ahí como una obra de arte digna de aplauso, ejecutada por uno de nuestros mas orijinales escritores. Es un Murillo que no se discute; se aplaude i se admira solamente.

II.

¡Cómo ha corrido el tiempo! ¡Cuántos años han pasado sin que haya vuelto a mi buena ciudad de la Serena! No soi su *provinciano renegado*; pero no he vuelto; i las circunstancias hicieron que me quedara en Santiago. ¿Hice mal? No, i sin embargo en mis horas de tristeza, de amarguras i decepciones torno los ojos a mi ciudad natal para empaparme en los dulces recuerdos de mi juventud; para respirar el aire embalsamado de sus naranjales i sentarme solitario i pensativo sobre la fresca yerba de mi huerta querida. ¡Cuánta gracia i cuánta frescura en aquella vida de los primeros años! ¡Cuánta sinceridad en aquellos primeros albores del sentimiento! Allí está mi madre, dulce, risueña perfumando el hogar con sus virtudes, santificándolo con su presencia.

Allá mi padre, alegre, chispeante de gracia andaluza, teniendo siempre pronta una contestacion picante, una observacion feliz, un cuento oportuno i orijinal.

Sobre el piano veo desde aquí dos guitarras; al lado música de Sor i de Aguado. Cuando mis hermanos menores iban a dormirse se escuchaba en medio del silencio de la noche un duo que era la fiesta del dia. Sus notas llegaban al alma como la brisa fresca de la noche, como una lejana armonía empapada en el perfume de los naranjos i chirimoyos.

—Ya es tarde, decia mi madre, tengo que hacer mi visita a los niños; Federico tiene mal dormir; es preciso que les dé un beso ántes de acostarme.

—Está bien, replicaba mi padre; pero tenemos tiempo: el Barbero, el Barbero, i luego te dejo libre.

I principiaba la obertura del Barbero i entónces la fisonomía de mi padre se animaba i al llegar al *alegro* sus ojos brillaban con indecible resplandor.

¡Qué envidia! ¡Quién supiera tocar así! I entónces me iba a dormir contento i sintiendo todavía resonar en mi oido las últimas notas del Barbero.

III.

Pasaron aquellos años de mi juventud.

Qué vida tan hermosa i tan pura! ¡Cuán lentamente se desliza-

ba entónces mi existencia! La vida era para mi un paseo por un lago tranquilo, en que la góndola que me conducia apénas rozaba la tersa superficie!

En esta dulce monotonía, veía un placer; en la marcha tranquila de mi humilde existencia, la promesa incesante de mejores días i donde quiera que tendiese la vista por aquel lago trasparente, veía con las alas abiertas el ángel de la esperanza.

Todo eso pasó como un dulcísimo sueño. Estoy en Santiago en el corazon de este boa que se llama Chile i que se estiende sonoliento en la márjen del océano Pacífico; ¡Cuánta actividad en este corazon! Parece que aumenta sus pulsaciones en la misma proporción en que disminuye la actividad de sus miembros.

¡Qué gasto de vida! todos tienen prisa de llegar yo no se adonde; pero todos se ajitan, todos se mueven i con incesante afán, andan, piensan, aman, mienten, intrigan i lloran, diciendo al morir: hemos vivido.

I yo he seguido a la multitud que me arrastraba i durante muchos años he oído su voz, he sido el confidente de sus sentimientos, de sus ambiciones, de sus locuras i de sus penosas marchas. ¿Soi mas feliz?

¡Cuán pronto llega aquí la vejez! ¡Qué poco tarda el corazon en marchitarse! ¡Cuán hondas decepciones encierra el alma del hombre en todo el vigor de su existencia!

¡Pobre Jotabeche! tu retrato del *provinciano en Santiago* será siempre una hermosa obra de arte; se podrá siempre admirar en él, el dibujo, el colorido, las medias tintas, la profunda orijinalidad de la composición; pero será siempre un recuerdo i solo un recuerdo de tiempos que pasaron.

IV.

Aquí me tienes a mí ya aclimatado, despues de haber dejado mi ropa pasada de moda para sustituirla por un traje santiaguino, despues de haber sufrido mis exámenes de hombre de mundo ante las comisiones examinadoras de la femenina competencia; soi un provinciano aclimatado; soi moneda corriente en la capital.

I cuán léjos estoy, Jotabeche, de tu bello retrato! Ni siquiera tengo influencia con los jueces, como *el provinciano renegado*.

En cambio he aprendido mucho

Sé que el corazon es un músculo, cosa que han tardado mucho tiempo en meterme en la cabeza.

Sé que el amor, segun la opinion de Lubock, es un producto de la civilizacion i no un sentimiento innato en la especie humana.

Sé que la estimacion i el respeto que se tienen por un hombre está en razon directa de las monedas que lleva en el bolsillo.

Sé que la moralidad, el honor, la virtud, son mala moneda para comprar los honores i las distinciones.

Sé que es de buen tono hablar de honradez, de dignidad i de moral; pero que lleva el apodo de necio el que no sacrifica todas estas bellas cosas en aras de su interes personal.

¡Oh! ¡cuántas cosas no he aprendido! Pero tú, Jotabeche, que tan bien i con tanto talento te has reido de nosotros, los provincianos; tú cuyo ingenio te ha granjeado una justa celebridad; tú que al estenderte en tu lecho de muerte, pudiste decir como Horacio: *non omnis morian*: arráncame mi saber, vuélveme mi ignorancia, dáme mis naranjales i la fresca sombra de mis chirimoyos i déjame oír una vez siquiera, ántes de la partida eterna, las últimas notas de la *obertura del Barbero*.

V.

Debo confesar que no me siento bien; aunque esta declaracion comprometa mi reputacion de hombre de mundo ¿qué puedo yo hacer? lo que digo es cierto; yo echo de ménos todas estas cosas, que pueden ser una nimiedad para nuestra civilizacion; pero que son para mí el riego fecundante de mi espíritu, el consuelo de mi corazon, la brisa perfumada que refrescaria, hoi como entónces mi alma todavía jóven, puesto que se cree capaz de amar la justicia, el bien i la verdad.

¡Con cuánto placer vuelvo los ojos a aquellos tiempos de dichosa inocencia! ¡Con cuánta gratitud recuerdo hasta la sombra que me prestaban los árboles de mi huerta querida! Al trazar estos tiernos recuerdos sobre el papel, siento que soi feliz, puesto que sé estimarlos en todo su valor.

Pero el tiempo urje; la ola de la multitud me arrastra a mi pesar; el tren parte; es preciso ir a la tarea, a la lucha, al deber, al estudio, al negocio, a la enseñanza, al *banco*, a palacio, no importa dónde; pero es preciso ir, la multitud me arrastra.

Dulces recuerdos de mi infancia ¡adios! Brisas que llevais al norte de la República el eco de nuestras disputas i la noticia de nue tras tareas, decid a los amigos de mi infancia, a las hermosas mujeres de mi tierra, a los árboles que me prestaron su sombra, que ellos siempre viven en el fondo de mi alma, que no los olvidaré jamas.

A. VALDERRAMA.